

## Catecismo 606 - 607 Toda la vida de Cristo es oblación al Padre

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

### Punto 606:

El Hijo de Dios "bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado" (Jn 6, 38), "al entrar en este mundo, dice: [...] He aquí que vengo [...] para hacer, oh Dios, tu voluntad [...] En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús "por los pecados del mundo entero" (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: "El Padre me ama porque doy mi vida" (Jn 10, 17). "El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14, 31).

### Punto 607:

Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: "¡Padre líbrame de esta hora! Pero así he llegado a esta hora para esto!" (Jn 12, 27). "El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?" (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que "todo esté cumplido" (Jn 19, 30), dice: "Tengo sed" (Jn 19, 28).

Uniendo lo que ayer afirmábamos, decíamos que la primera dimensión de la redención, es la dimensión **descendente**, es decir: es el Padre el que en su iniciativa gratuita de amor nos da al Hijo; y nos lo da como un don de amor para nosotros. Antes que nada, el sacrificio de Jesús en la cruz es un Don de Dios Padre.

Hay también una dimensión **ascendente**: es la respuesta: **Cristo es dado por el Padre, pero Cristo mismo es el que se ofrece al Padre en favor nuestro**, en reparación, en expiación.

Cuando celebramos la liturgia en la Eucaristía vemos esas dos dimensiones integradas. Hay partes que resaltan la dimensión "descendente": cuando se invoca al Espíritu Santo para que "descienda sobre este

pan y este vino y los transforme en Cuerpo y Sangre de Jesús: Pedimos a Dios que **nos de al Hijo**, por obra del Espíritu Santo.

Pero en otros momentos remarcan la dimensión descendente: “Por Cristo con El y en El, a Ti Dios Padre...”, unimos en Cristo, para ofrecer al Padre, todas nuestras obras.

Nuestra participación en la redención, no es solamente pasiva, sino que se convierte en una respuesta a ese amor de Dios Padre.

En el mismo sentido es en el momento de las ofrendas en la santa Misa cuando ofrecemos el sacrificio de Cristo, y la entrega de Dios a su Hijo, no queda plenamente cumplida si nosotros no nos unimos al sacrificio de Cristo, y no añadimos esa “pequeña gota de agua que se añade en el cáliz”, que es nuestra participación en el sacrificio de Cristo.

En la misma liturgia se significa, y en las sagradas escrituras se significan las dos dimensiones:

-**La dimensión descendente:** el Padre da a su Hijo, por amor a nosotros.

-**Dimensión ascendente:** Cristo, como hombre que es, responde al amor de Dios Padre; y todos nosotros unidos en Cristo.

Dios da el primer paso, pero busca la correspondencia del hombre.

Jesús llevo a cabo la sustitución en el “siervo doliente, el siervo de Yahvé” *que se dio si mismo como expiación, cuando llevo los pecados de muchos*, a quienes justificara y cuyas penas soportara.

Jesús repara nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados. Esta es la doctrina del Concilio de Trento, que asume el Catecismo de la Iglesia Católica.

La “Expiación” es concepto que a veces a sido mal entendido, de cualquier forma es un termino bíblico que hay que interpretarlo bien. En el Antiguo testamento no se podía entender la expiación en el sentido de que Dios “necesite de algo”. Dios, en su naturaleza, no carece de nada, por tanto no le podemos ofrecer “algo que le falte”. Esta imagen es necesario eliminarla.

Dios si acepta un sacrificio por parte de los hombres. El hombre quiere reparar en Dios la ofensa que el pecado le ha causado. La clave de todo esto es que el pecado **afecta misteriosamente a Dios** en su persona; de ahí la “expiación”.

En el antiguo testamento se avanza, poco a poco, en la concepción de lo que es la “expiación”, de lo que es el pecado. En los primeros libros de la revelación el concepto de pecado es bastante “frio”, lejano; es como una falta, un fallo. Como un rito “no bien cumplido”. El concepto de pecado era más bien exterior.

Un fallo a un precepto mandado por Dios.

Según va avanzando la sagrada escritura, la concepción del pecado se torna “mas personal”; el termino que se empieza a emplear es “sana” —en arameo- que significa la infidelidad hacia Yahvé. El mismo término que se emplea para la infidelidad conyugal, se emplea a la infidelidad a Yahvé: Aquí se trata de **FALLARLE AL AMOR DE UNA PERSONA.**, Este término es el que se emplea para expresar lo que es el pecado, que es una infidelidad a Yahvé.

Jeremías 2, 20: *Oh tú, que rompiste desde siempre el yugo y, sacudiendo las coyundas, decías: «¡No serviré!», tú, que sobre todo otero prominente y bajo todo árbol frondoso estabas yaciendo, prostituta.*

Jeremías utiliza la imagen de la prostituta para compararla a la infidelidad de Israel.

*Ezequiel 16, 15-17: Pero tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte, prodigaste tu lascivia a todo transeúnte entregándote a él.*

*16 Tomaste tus vestidos para hacerte altos de ricos colores y te prostituiste en ellos.*

*17 Tomaste tus joyas de oro y plata que yo te había dado y te hiciste imágenes de hombres para prostituirte ante ellas.*

Es la imagen del esposo al que le duele que su esposa se haya prostituido, es un amor dolido por la falta de correspondencia de amor.

Por tanto y poco a poco hay una evolución del concepto de pecado hacia un pecado mucho más personal: donde la esencia del pecado consiste en **un amor no correspondido**, no tanto la transgresión de un ritual, o un defecto. A partir de ahí es cuando comprendemos que Cristo ofreció, en respuesta al amor de Dios Padre, un sacrificio por la expiación de nuestros pecados, nuestras infidelidades, nuestras faltas de correspondencia al amor de Dios.

El antiguo testamento usa una doble imagen para expresar el pecado como ofensa a Dios: Una es la del adulterio y la segunda es la imagen del hijo que abandona al Padre.

*Oseas 11, 3-4: Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo.*

*2 Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: a los Baales sacrificaban, y a los ídolos ofrecían incienso.*

*3 Yo enseñé a Efraím a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos.*

*4 Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer.*

El profeta Oseas manifiesta la relación de Dios con su pueblo como la de un padre con su hijo, y ese hijo no lo agradece y rechaza de su padre ese cariño inmenso.

Entender lo que es el pecado es entender en que consiste el sacrificio de Cristo.

Es curioso que en nuestra cultura se acepte sin reservas, que Dios goza con la conversión del pecador y por otra parte no se termina de aceptar que el pecado le acepta a Dios: El pecado le hace “sufrir” a Dios, si no fuera así, no se entendería por qué “goza” por el retorno del hijo. El Padre de la parábola se goza porque su hijo volvió a casa, porque antes había “sufrido”. Esas imágenes que las hemos catalogado de infantiles las de las espinas que se clavan en el corazón de Cristo por nuestros pecados, no son tan infantiles, por que si no entendemos esto no entenderemos las parábolas de la misericordia del nuevo testamento, en las que el Padre se alegra por el retorno del hijo prodigo, y el buen pastor –Jesús-, se alegra y hace una fiesta por que ha reunido a su rebaño, luego si se alegra es porque antes se entristeció; y esto no son solo metáforas y formas de hablar, son imágenes bíblicas, palabra de Dios revelada, que expresa una realidad y es que a **Dios le afecta y le llega a su ser a su esencia el misterio del pecado.**

Dios, al comprometerse con nosotros –al ser Padre nuestro-, **se ha hecho vulnerable**; ya sabemos que Dios es infinito y todo poderoso y “nosotros no podemos quitarle nada”; es decir, la naturaleza de Dios no es afectada por el pecado del hombre. En cierto sentido, cuando uno peca, a Dios no le hace daño; a quien hace daño es a si mismo.

Por ejemplo, cuando una persona blasfema, o cuando alguien desprecia la santa misa del domingo. A Dios no le quita nada. Cuando alguien tira una piedra contra Dios, a quien verdaderamente le cae la piedra es a si mismo, en su propia cabeza.

Pero hay otro sentido: El sentido afectivo. Si Dios ha querido comprometerse con nosotros, si Dios es nuestro Padre, si Dios ha querido unir su destino de amor al nuestro, **entonces se ha hecho vulnerable** y por tanto le afecta nuestra respuesta de amor. No se puede ser Padre sin que le afecte lo que el hijo le responda, es imposible: Si uno es padre sufre por el hijo: **ES IMPOSIBLE AMAR SIN SUFRIR**. “Efectivamente” no le quitamos nada a Dios, pero “afectivamente” si que le quitamos. Esa es la esencia del pecado. El amor de Dios no es correspondido, luego, nuestro pecado hace sufrir a Cristo y también a Dios Padre.

Así entenderemos por qué en el antiguo testamento, los profetas estaban continuamente intentando corregir al pueblo de Israel, de un ritualismo vacío, de la tendencia que existía a ofrecer unos sacrificios expiatorios que no conllevaban una conversión interior; suponía ofrecer ritualmente los corderos sacrificados, etc. Porque si el pecado es una “falta de amor” y ofreces un sacrificio y tu corazón continuo igual de separado del amor de Dios, ese ritualismo externo que haces no sirve para nada.

Malaquías, 1, 10-11: *“Llegara un sacrificio perfecto que será agradable a los ojos de Dios, y reparara.*

El Sacrificio de Cristo Si será el verdadero sacrificio, que expíe el daño en el corazón del Padre.

En el Nuevo testamento, en la parábola del Hijo Prodigio encontramos que el pecado afecta personalmente a Dios; el Padre se alegra de recibir a su hijo.

Todo esto esta corrigiendo una imagen, que hoy en día esta muy extendida entre nosotros. Es la imagen “impersonal de Dios”, es la imagen del Dios “**deísta**”. El “deísmo” es un Dios secularista, que sin llegar a negar la existencia de Dios, y mucha gente dice: ¡“Algo habrá”!, que haya creado el mundo. Se afirma un principio divino, una especie de energía perdida, que ahí esta; pero es lo suficientemente impersonal esa imagen, para que a es “dios”, a ese “algo” no le afecte mi pecado.

**Dios no es “ALGO”, Dios es “ALGUIEN”**; es más: **Dios no solo es “ALGUIEN”, es que es “PADRE”, y es “ESPOSO”**. Al “Padre” o al “Esposo”, si que le importa que uno se emborrache este fin de semana: **ES QUE DIOS ¡TE QUIERE!**.

El concepto de pecado esta en referencia a la imagen que tengamos de Dios. Este mundo secularizado tienen una imagen de Dios lo suficientemente lejana – a Dios se le manda tan lejos de nuestra vida- como para que no le afecte nuestro pecado. Esta es una imagen falsa de Dios.

Aristóteles –mucho antes de Jesucristo-, en el libro: “Ética a Nicómaco”, se plantea el problema de la amistad entre el hombre y Dios: ¿“Es posible que el hombre tenga amistad con Dios?” –Responde Aristóteles-: “Es imposible, porque para que haya amistad, es preciso que haya una cierta igualdad; y entre Dios y el hombre hay tal abismos, que hace que la amistad sea imposible”.

Esta respuesta de Aristóteles es inteligente; pero lo que Aristóteles no imaginaba, es que esa “distancia tan grande” que hay entre Dios y el hombre, Dios mismo la iba a recorrer en la Encarnación de su Hijo Jesucristo, creando una “igualdad” haciendo que nosotros fuéramos **“hijos de Dios en Jesucristo” y podíamos llamar a Dios: ¡PADRE! Y ÉL nos iba a llamar: ¡HIJOS!**. Ahí sí que hay una “cierta igualdad”, por tanto hay amistad y amor, un amor de correspondencia, donde a uno le afecta lo que haga el otro.

La caridad, el amor, no solo afecta al amor que Dios nos ha tenido, también el que nosotros le hemos tenido a Dios.

Hay un texto de Santo Tomas de Aquino, en la “suma teológica” que es iluminador:

*La caridad significa, no solo amor a Dios, sino cierta amistad con El. La cual, añade al “amor”, la “correspondencia”. El que vive en la caridad permanece en Dios y Dios en él. “Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a participar del don de su Hijo”.*

*Pero esta comunicación del hombre con Dios, que consiste en cierto trato familiar con El, comienza, aquí, en la vida presente, por la Gracia y culminara en la vida futura por la Gloria.*

*Juan 4, 16: Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.*

Es decir: “hay una amistad” entre Dios y el Hombre.

Nuestro Dios no es un Dios impasible, Dios se ha hecho vulnerable a nuestros pecados, al “amarnos”, al querernos. Él ha tomado libremente la decisión de amar. Cuando uno toma “libremente” la decisión de amar, esta asumiendo la consecuencia de poder “sufrir”.

De hecho hay personas entre nosotros, que por no sufrir, renuncian a amar (La verdad es que luego sufren mas).

Lo que le duele a Dios es que el pecado del hombre “impide la consumación de su amor”: Que no queramos confiar en El.

**Cristo en la cruz, “corresponde” al amor “incomprendido del Padre**, por iniciativa misma de Jesús: ahí esta la dimensión “Descendente “y la “ascendente” del amor.

Podemos decir que Jesucristo es el “hijo ideal” de la parábola del hijo prodigo: “el hijo mayor ideal” que tenia que haber sido y no fue. El hijo mayor de la parábola, que viendo a su padre apesadumbrado porque el hijo menor se ha marchado, Cristo es el hijo que intenta reparar el corazón del Padre y le dice: “Padre, Yo quiero que no estés triste, Yo quiero darte un “sí”, en vez de mi hermano, quiero corresponderte con una respuesta de amor; es mas, Padre: ¡envíame!, a buscar al hijo menor; yo recorreré caminos lejanos,

pasare todo tipo de peligros y no descansare y no volveré a casa hasta que no triga a mi hermano menor". Cristo esta reparando el corazón del Padre.

Esto significa que el corazón de Cristo "satisface" el corazón del Padre. El Padre ya *no quería sacrificios de toros y carneros*, es Cristo quien dice: "*Heme aquí que vengo a hacer tu voluntad*":

Hebreos 10, 6-7: *Por eso, al entrar en este mundo, dice: "Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. "*

**6 "Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. "**

**7 "Entonces dije: ¡He aquí que vengo - pues de mí está escrito en el rollo del libro - a hacer, oh Dios, tu voluntad! "**

8 Dice primero: "*Sacrificios y oblaciones y holocaustos y sacrificios por el pecado no los quisiste ni te agradaron* "- cosas todas ofrecidas conforme a la Ley - 9 "entonces "- añade -: "*He aquí que vengo a hacer tu voluntad. "* Abroga lo primero para establecer el segundo.

10 Y en virtud de esta "voluntad "somos santificados, merced a la "oblación "de una vez para siempre del "cuerpo "de Jesucristo.

El sacrificio de Cristo es aceptado por el Padre y, ahora, si, nosotros ya podemos ofrecer sacrificios unidos al de Cristo con pleno sentido. La "ofrenda" ascendente tiene sentido, porque la respuesta de Cristo ha sido aceptada por el Padre.

En la parte final del punto 605 se hablaba de que:

**"Cristo entrego su vida en rescate por muchos", Este ultimo termino no es un termino restrictivo, opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla. La Iglesia, siguiendo a los Apóstoles, enseña que Cristo ha muerto por "todos los hombres" sin excepción. No hay ni hubo, ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo**

Algunos interpretaron esa palabra "muchos" en un sentido restrictivo: "si la entrego por muchos, no la entrego por todos". Eso es una interpretación incorrecta. Es más bien una forma de expresión semítica, propia de ese lenguaje que hace referencia a que no es una entrega particular de uno, sino que es una entrega múltiple. Contrapone el "uno" a los "muchos".

A lo largo de la historia de la Iglesia ha habido momentos en los se ha tenido que enfrentar a ciertas herejías "predeterminacionistas"; que afirmaban que Cristo se entrego, únicamente por los que se iban a salvar. Mientras que, por los que se iban a condenar, Cristo no se entrego. Hay una especie de predeterminación hacia la salvación o la condenación.

En el concilio de Quierci, en el siglo IX, la Iglesia tuvo que salir al paso de ello y dijo:

*"Dios todopoderoso quiere que todos los hombres, sin excepción, se salven; aunque, de hecho, no todos se salven. Ahora bien, el que algunos se salven, es **Don de Dios que salva**, y el que algunos se pierdan, es **merecimiento del que se pierde**.*

No se puede reprochar a Dios una supuesta predeterminación por su parte hacia la salvación o hacia la condenación. El que se salva es por Gracia de Dios y el que se condena es por culpa de su propio pecado, no porque Dios no le haya dado la Gracia para salvarse.

Después de la reforma de Lutero; Calvino volvió a caer en ese “predeterminacionismo”.

Esta herejía, en el fondo, tiene una razón de ser. Que es la herejía de intentar evitar el “sufrimiento de Dios”. Nos cuesta mucho afirmar que Dios haya querido que alguien se salve, y que nosotros hayamos rechazado esa salvación. Nos cuesta entender que Dios puede sufrir como un Padre cuando el hijo rechaza lo que el Padre le ofrece... que de ahí nace ese “predeterminacionismo” de creer que Dios no quiere que “todos “ se salven. No es así: **Dios quería y quiere que todos se salven...y sufre** cuando ve que sus hijos escogen el camino de la perdición.

Es tan grande este misterio, que el hombre se ha buscado esta especie de “subterfugio” de inventarse una herejía de que Cristo no se había entregado por todos.

Es tan grande el misterio que Dios no solo nos muestra su amor en sus dones, sino, a veces en su “sufrimiento”.

Si no vemos en Cristo el amor del Padre sufriendo no comprenderemos ese misterio de amor.

Como conclusión de esto, debemos vivir, especialmente en la eucaristía, el momento en que la Iglesia, en la patena ofrece el sacrificio de Cristo al decir: **por Cristo, con El y en El, a Ti Dios Padre omnipotente...**

Esa es la respuesta, esa es la ofrenda perfecta al amor del Padre.

Unidos a Cristo en esa ofrenda de la Eucaristía, estamos reparando y respondiendo al amor del Padre. Siendo corredentores con Cristo; completando *“en nosotros lo que falta a la Pasión de Cristo”*.

Lo dejamos aquí.